

esto es, que dependía de las tres potencias aliadas el forzarla á intervenir, si llegado el momento, trataba de retroceder.

Inglaterra no prestó su aquiescencia á ninguno de estos pactos. A fin de evitar que trascendiese al exterior la escisión que acababa de producirse en la gran alianza, hubiérasele agradado á Metternich que lord Wéllington retirase su nota de treinta y uno de Octubre; no solamente el «Duque de hierro» no se avino á complacerle, sino que, para que no cupiesen dudas, tergiversaciones ni equívocos en lo concerniente á la actitud de su patria, presentó al Congreso dos nuevas notas, datada una el diez y nueve de Noviembre y otra el veintidós: en la primera, rehusaba la adhesión de su gobierno á los *casus fæderis* pactados, é insistía en considerar falta de fundamento y ocasionada á peligros la intervención en España; en la segunda, daba á conocer el firme propósito de su nación de no enviar nota conminatoria al gabinete San Miguel. Inglaterra proclamaba resueltamente la política de no intervención, en frente de su contraria sancionada por la Santa Alianza, manifestando tener por principio no ingerirse en los asuntos interiores de los demás Estados. Agregaba que su embajador continuaría en Madrid, y que recibiría orden de «calmar la fermentación que causasen las comunicaciones de las otras potencias». El veintiséis del mes citado, Wéllington reveló, sin ambages y de un modo oficial, el plan de Canning acerca de las posesiones españolas de América. Inglaterra, declaró, no podía diferir por tiempo indefinido el reconocer los nuevos Estados formados en aquel Continente; no entraba á discutir la cuestión de derecho, y hacía votos por la reconciliación de la metrópoli y sus colonias; pero, siéndole indispensable proteger los intereses mercantiles de los súbditos británicos, se reservaba adoptar la decisión que las circunstancias aconsejasen. Imaginábase Alejandro que el gabinete de Londres iba á aliarse con España, para oponerse á la intervención francesa. No había nada de esto. Inglaterra, á pesar de seguir á la sazón negociaciones con el ministerio San Miguel, no se proponía sino infundirle vanas esperanzas para explotar sus angustias, moviéndole á concederle la crecida indemnización que le reclamaba, so pretexto de las pérdidas sufridas por el comercio inglés en las Antillas. Así, al menos, resultó de los sucesos posteriores.

El veintidós de Noviembre, regresó Montmorency á París, para recabar la aprobación de Villele y Luis XVIII á los arreglos de Verona, y en tanto llegaba la respuesta del gobierno francés, la Santa Alianza deliberó acerca de otras cuestiones. Figuró entre éstas la del Brasil, donde el infante don Pedro, ya antes proclamado «defensor constitucional y protector perpetuo» del país, había roto los lazos que ligaban á la colonia con la metrópoli y transformado aquélla en imperio, del cual se declaró jefe, suponiendo que su padre era prisionero de las facciones. Ni en dicha cuestión ni en la relativa á las posesiones españolas, recayó acuerdo. En vano Rusia rompió lanzas en pro del dogma de la legitimidad; Inglaterra, en vista de las circunstancias, no parecía dispuesta á darle gran valor, y Aus-

tria y Francia fluctuaron entre el hecho y el derecho. El problema americano sufrió, pues, un nuevo aplazamiento, que facilitó el triunfo definitivo de la revolución en el nuevo Continente. También se habló de la trata de negros. Abolido, como sabemos, este infame tráfico en mil ochocientos quince, continuaba, sin embargo, por no haberse adoptado precauciones eficaces para su persecución. Ninguna se aprobó tampoco en Verona. Las de vigilancia, inspección y represión, propuestas por Inglaterra, no fueron aceptadas, debido á la prevención con que era mirada esa potencia y á los recelos que inspiraba su egoísmo. Francia, sobre todo, rechazaba el *derecho de visita*, defendido por el gobierno de Londres. El Congreso se limitó á hacer constar que los soberanos allí reunidos ó representados, fieles á los principios que proclamaran en mil ochocientos quince, condenaban enérgicamente la trata; estaban prontos á cooperar á su conclusión, y examinarían lealmente cualesquiera medidas encaminadas á este fin, «siempre que fuesen compatibles con sus derechos y los intereses de sus súbditos.

El congreso de Verona dejó impresa la huella de su intransigencia reaccionaria en casi todos los asuntos que trató. Los griegos habían nombrado embajadores que pleiteasen su causa ante él; inútilmente el jefe de esta misión, Andrés Métaxas, multiplicó sus instancias dirigiéndose al Emperador de Rusia, al Papa, al representante francés; el Congreso se negó á recibirle, y la policía de Roma, para complacer á la Santa Alianza, le invitó á reembarcarse en Ancona, donde se encontraba. Las potencias reprobaron nuevamente la insurrección helénica, y el Czar volvió á declarar á los sublevados indignos de sus simpatías. En cuanto á la contienda entablada en Rusia y la Puerta, Alejandro, sin perjuicio de reservarse sus derechos respecto á Turquía y de hacer resaltar la conducta poco amistosa de esta potencia para con él, se contentó con dirigir al Sultán otras dos notas, insistiendo en la demanda que formulara en Viena el veintiséis de Septiembre anterior. Austria é Inglaterra le colmaron de elogios por su moderación y le reiteraron su ofrecimiento de mediar en sus diferencias con Turquía, que él aceptó.

La causa de la libertad no salió mejor librada en Italia que en España y en Grecia, de manos de aquellos apóstoles armados del absolutismo. A petición del Rey de Nápoles, se acordó que continuaran ocupando el territorio de este reino las tropas anstriacas, y Carlos Félix accedió á que también siguieran en el Piamonte las que allí se hallaban, hasta el primero de Octubre de mil ochocientos veintitrés. Sin la oposición de Francia y de Rusia, se habría privado á Carlos Alberto de su derecho á suceder en la corona de Cerdeña, y á no haber sido por aquellas potencias y por la Santa Sede, Metternich habría tal vez realizado el programa que tenía *in mente*, de agrupar todos los Estados italianos en una confederación, cuya hegemonía naturalmente hubiese ejercido Austria. El legado del Papa, cardenal Spina, alentado por los representantes de Francia especialmente, se expresó con mucha energía. «Austria, escribió, nos acusa de ser indulgentes con los car-

bonarios. El número de estos, sin embargo, no es tan grande como se cree. *Si lo es, en cambio, y abraza toda la población el de aquellos que aborrecen á Austria y gimen bajo la servidumbre en que esta potencia tiene á Italia.* En este odio se confunden todas las opiniones y Austria querría que nos ensañásemos con los que así piensan. Dígase de buena fe si podemos hacerlo». Metternich tuvo que aplazar la realización de sus planes para mejor ocasión, debiendo conformarse con amonestar oficialmente á los Estados italianos, por su falta de celo en vigilar el peligro revolucionario; obligarles á dar cuenta al Congreso de las medidas que tomaron desde mil ochocientos veidtiuno para precaverse de él y notificarles en nombre de las potencias del Norte, (pues Inglaterra y Francia se abstuvieron en Verona, como en Laibach de asociarse á su política en Italia), que seguían sometidos á la acción tutelar de la Santa Alianza.

Mientras estas cuestiones se debatían en Verona, en Francia, Villele y Montmorency no lograban ponerse de acuerdo acerca de la intervención. Villele no la quería, pero si Montmorency, que estaba sometido por la Congregación. El jefe del gobierno deseaba conservar la cartera, y de ahí sus vacilaciones. A veces se aventuraba á hacer combatir por el *Diario de los Debates* y el *Monitor* la expedición á España; mas en seguida, arrepentido, desmentíase á sí propio reforzando el ejército, que con el nombre de *cordón sanitario* primeramente, á causa de haberse extendido la fiebre amarilla por la costa andalza, y después con el de *cuero de observación*, amenazaba á nuestra patria desde los Pirineos. No sabiendo á qué partido inclinarse en definitiva, trató de ganar tiempo suplicando á las potencias que aplazasen el despachar las notas conminatorias al gobierno de Madrid. El emperador Alejandro, sin embargo, estaba impaciente porque la intervención se efectuase; Metternich le secundaba. La noticia de haber tenido que internarse en Francia la regencia de Urgel, había puesto fuera de sí al exaltado Emperador, y de aquí resultó que, el trece de Diciembre, ó sea, dos días después de llegar á Verona el correo enviado por Villele, los representantes austriaco, ruso y prusiano declararon friamente á los de Luis XVIII, que éste era libre de elegir el instante y la forma de romper con España, pero que sus soberanos habían resuelto mandar sin dilación las notas convenidas al gabinete San Miguel, pues de no hacerlo así creeríase abortada la obra del Congreso y á la Santa Alianza en camino de retroceder. Sólo se accedió á que el embajador de Francia en Madrid no se retirase al mismo tiempo que sus colegas, sino un momento después. El Czar, cuya irritación era cada vez mayor, propasábase á decir que, si Francia tardaba en ejecutar los acuerdos del Congreso, la miraría como cómplice de España. Chateaubriand, ganado fácilmente á las ideas de Alejandro, partióse de Verona el mismo día trece de Diciembre con dirección á París, para comunicar á su gobierno las resoluciones del Congreso. Cerróse este el catorce. Los soberanos de la Santa Alianza, antes de separarse, participaron á las potencias, por medio de una circular, las disposiciones

tomadas en el Congreso é hicieron nuevo alarde de los principios que profesaban, protestando de no querer sino la paz y la felicidad de los pueblos, por las que «luchaban y lucharían sin tregua ni descanso contra las facciones, hijas de las tinieblas y mensajeras del engaño.» De España, decían que era «triste ejemplo de las consecuencias infalibles de todo atentado contra las leyes eternas del orden moral», y se vanagloriaban de haber acordado lo necesario para reducirla á los límites del deber. Respecto de Grecia, condenaban de la manera más absoluta su levantamiento contra la autoridad legítima del Sultán, sin perjuicio de expresar hipócritamente el deseo de «ver mejorada la condición de aquel pueblo cristiano.» Preconizaban como más inexcusable cada vez la inteligencia entre los soberanos, porque «la aparición del mal en tantos puntos diferentes y la circunstancia de revestir en todas partes la misma forma, denunciaban la existencia de un foco común.» «Los monarcas, pues, terminaba la circular, se complacen en creer que encontrarán donde quiera, en cuantos están llamados á ejercer la autoridad suprema, verdaderos aliados, que respetarán no menos el espíritu que la letra de las estipulaciones positivas que forman la base del sistema europeo.» En las últimas líneas transcritas, aludíase claramente á los soberanos alemanes, cuyas supuestas tendencias subversivas desazonaban tanto á Metternich. La actitud de la Santa Alianza no era más tranquilizadora para los príncipes que para los pueblos.